

LAS MIL Y UNA EXCUSAS

que el hombre y ello es cierto en todo aquello que no esté relacionado con los trabajos que hoy la mujer desempeña. En las citas, por ejemplo, se admite que la mujer llegue un poco tarde para evitar que sea ella la que tenga que estar esperando, siempre contando con la muy real probabilidad de que el hombre se retrase. Pero son las mujeres las que en España cargan principalmente con la tarea de las excusas, no porque tengan que excusarse a sí mismas sino porque, tanto en casa como en el trabajo, son las encargadas de excusar a sus maridos o a sus jefes.

La gente que no tiene secretaria se ve obligada a mentir por sí misma o a pedir a un compañero de trabajo que lo haga en su nombre. Función capital de la secretaria es decir mentiras por teléfono a los que llaman con la pretensión de hablar con su jefe o, a veces, con cualesquiera otras personas de la empresa. En España se puede llegar a tener a veces la impresión de que nunca nadie se encuentra en su despacho a las horas de trabajo. Es la secretaria la que se encarga de escamotear la presencia del interesado. Una persona es «incontrable» cuando la secretaria se muestra particularmente eficaz en defenderle de la persecución telefónica. El continuo «no está» llega a equivaler, en el tono de voz de la secretaria a un «no existe», a fin de que el perseguidor cese en su empeño.

Un intermedio entre estar y no estar en la oficina es el «no se puede poner, déjeme el recado», que algunas secretarías emplean como sucedáneo del más cómodo pecado de mentir. Para gente de más categoría se utiliza el «está reunido». Estar reunido puede querer decir alguna vez que el interesado se encuentra en una reunión de la que no puede salir, pero, la mayor parte de las veces, significa que «no está» matizado y más prestigioso que la ausencia. Pasa con esto como con la asistencia a los homenajes a los cuales se puede, en orden de importancia «ir», «excusar la asistencia», enviando un telegrama y «no ir». Que la razón de no poder ir sea cierta o no, no quita al hecho de excusar la asistencia su carácter de fórmula intermedia entre «ir» y «no ir», premiada a menudo por la mención pública del nombre del que excusa su asistencia.

Vivir hoy exige poder utilizar, como suele decirse, las mil y una excusas. O más. ■ L.C.

EL MISTERIO DE LOS JESUITAS

E. MIRET MAGDALENA

L

A crisis de los jesuitas ha sorprendido al mundo entero. Unos no se esperaban que el Papa Juan Pablo II fuese a adoptar una decisión drástica, tomando directamente las riendas de la Compañía de Jesús por medio de un delegado papal. El Pontífice lo prefirió así, en vez de aceptar la libre decisión democrática señalada en las *Constituciones* de esta Orden religiosa; *Constituciones* que fueron redactadas con gran habilidad por su fundador San Ignacio de Loyola. Por otro lado otros muchos tampoco se esperaban la reacción serena, tranquila y silenciosa de todos los jesuitas, cualquiera que fuese su personal postura, en la crisis del apostolado que el Papa quiere resolver «*Manu militari*».

Sin embargo, cualquiera que conociese bien la entraña misma de la Institución jesuitica hubiera podido pronosticar esta discreta actitud generalizada.

Resultado de esta postura sin historismos ni rebeliones, ha sido la luz verde que el Papa Wojtyla ha dado por fin a la elección de un general, sin inmiscuirse él directamente en señalar la persona más de su gusto.

Y si echamos una ojeada, a través de los cuatro largos siglos de existencia de la Orden, apreciaremos siempre esta misma postura, que es la postura de la eficacia. Desde el principio estos grandes predicadores de la obediencia fueron inteligentes y discretamente independientes en su lucha pacífica con los inconvenientes que les ponía la Santa Sede. Ese es el misterio de los jesuitas: una eficacia tenaz, realista y sin alharacas. En último extremo aprendieron aquella «regla del gran maestro», como señalaba el espejo de profundos jesuitas que fue nuestro aragonés Baltasar Gracián: «Hanse de procurar —decía— los medios humanos, como si no hubiera divinos; y los divinos, como si no hubiera humanos».

Este misterio jesuítico de la eficacia

tiene cinco resortes principales: 1) la habilidad; 2) la virilidad; 3) la sutileza; 4) la flexibilidad y 5) el sentido de la influencia. Es verdad que estas cinco cualidades de eficacia han degenerado en bastantes ocasiones, convirtiéndose en su caricatura al pasar de la habilidad a la astucia, de la virilidad a la frialdad, de la sutileza a la hipocresía, de la flexibilidad al pragmatismo y de la influencia al elitismo. Analicémoslas:

1. Ignacio de Loyola fue un gran *estratega* y un *hábil táctico* cuya técnica resumió Gracián en esta máxima expresiva de la acción con los demás, tal como quería el fundador de los jesuitas: «entrar con la ajena, para salir con la suya». Esta es una versión ligeramente cínica de la paradójica máxima del Evangelio, aconsejada como norma de conducta por Jesús: «sed cándidos como palomas, y prudentes como serpientes». Durante siglos se les ha achacado a los jesuitas, por la manera de llevar a cabo ese consejo de habilidad, que fueron los propagandistas de la inmoral pero eficaz consigna: «el fin justifica los medios». Cosa falsa, desde el punto de vista teórico, pero muy real en la conducta cotidiana de la Compañía de Jesús de algunas épocas, de determinadas circunstancias y de bastantes de sus seguidores, como reconoce el jesuita Juan José Coy cuando dice: «¿el fin justifica los medios?... en la práctica nuestra de cada día estamos diciendo y haciendo que sí, que el fin justifica los medios». Sin embargo, hemos de reconocer que, en la crisis post conciliar, los jesuitas están a punto de combatir no sólo en teoría, sino en la práctica esta máxima degenerada de sus consignas de eficacia.

2. Muchos jesuitas que salen a relucir en la literatura parecen más de acero que de carne humana. Unas veces para bien, y otras para mal. En la novela del Padre Coloma «*Pequeñeces*» sale claramente esta figura del *estoicismo viril*, como modelo y ejemplo de jesuitas. En cambio en la obra



San Ignacio de Loyola.

de Ramón Pérez de Ayala «A.M.D.G.» podemos leer una estructura análoga de jesuita, pero bajo tintas negativas. Muchos de los jesuitas elevados a los altares han participado de esta característica, que a algunos les parece expresión de energía, y otros creen que es manifiesta frialdad inhumana. Cuando de pequeños nos hacían leer los extraños pasajes de rigidez neurótica de San Luis Gonzaga, van en la línea de esta super-represión de los sentimientos humanos, producto de este excesivo estoicismo de algunas figuras de jesuitas muy señaladas. Los jesuitas, según el Padre Charmot, son los pedagogos de la energía, porque fueron los más amplios divulgadores del «poder de la voluntad» desde los primeros tiempos, en que ya se recomendaba a los novicios la lectura de los moralistas latinos, como Séneca o las figuras de una dura pieza moral del mundo romano. Y así más tarde han sido muchos los jesuitas que han escrito numerosos libros de estímulo al poder de la voluntad, como Boyd Barret, Lindwordsky, Irala, Laburu, etc.

3. Se dice que la Compañía de Jesús tiene como virtud fundamental de su estilo la obediencia, incluso la obediencia ciega. Pero sin embargo, la

enseñanza de San Ignacio es mucho más sutil: él lo que propugna para sus súbditos es la «Obediencia de juicio». Pero no nos engañemos con tal frase: esa ceguera de nuestro juicio es más bien para los demás, porque los de dentro de la Compañía saben muy bien que lo que él predica es más bien la «obediencia inteligente», como interpreta el arzobispo jesuita monseñor Roberts. Y es que cuando él recomendaba a los jesuitas portugueses acoplar el juicio del súbdito al superior, ponía esta salvedad: «en cuanto la devota voluntad puede inclinar al entendido»; pero todos los jesuitas habían

estudiando en sus clases de filosofía escolástica, que al entendimiento no le puede forzar nunca la voluntad, sino solamente «la evidencia de la verdad conocida», como recuerda con sutileza San Ignacio poco después de aquella frase de sumisión. Por eso la historia de San Ignacio está esmaltada de pacíficas rebeldías, como la que tuvo con el Santo Oficio de Salamanca a cuyos jueces les dijo «que obedecería en aquello que estuviera dentro de los límites de su jurisdicción», y que cómo no encontraban «ningún error en su doctrina» no le podían impedir «hablar de las cosas de Dios con libertad... y era libre de ir donde mejor le pareciese», según cuenta el Padre Rivadeneyra en su *Vida*. Y lo mismo le ocurrió cuando en Roma querían oponerse a sus deseos, intentando intervenir dentro de la Orden; en esas ocasiones buscaba la influencia de los cardenales e incluso de la hija de Carlos V, Margarita de Austria, para que el Papa no entorpeciera la marcha interna de la Compañía de Jesús, tal y como quería llevarla adelante San Ignacio.

4. Característica es de los jesuitas como Institución la flexibilidad para adaptarse a todas las situaciones, épocas y circunstancias, porque desde el

principio quiso su fundador que no se atasen «a ninguna forma invariable de servir a Dios», sino «que todos pueden hacer de todo, en vista del bien común». Incluso, a pesar del militarismo de su organización estricta, Ignacio de Loyola ni siquiera ató a los jesuitas a ninguno de los métodos ni tiempo de oración que tenían las órdenes religiosas hasta entonces, porque lo que quería es que el jesuita «buscara a Dios en todas las cosas», sin convertirse en una especie de monjes en el mundo, ya que en el trabajo «sus hijos deben encontrar a Dios tan fácilmente como en la oración formal». Sin embargo, su continuador San Francisco de Borja cambió las cosas y durante siglos la Compañía de Jesús se acopló, lo mismo en la oración que en la indumentaria, a las órdenes monásticas como señala el Padre W. V. Bangert en su «Historia de la Compañía de Jesús».

5. Su sentido de la influencia llevó frecuentemente a los jesuitas a atender con preferencia a aquellos grupos humanos que eran «letrados» o bien «personas grandes y pueblos», como se afirma en las *Constituciones*. En su historia hay un cierto «sentimiento aristócrata», derivado de ese afán de eficacia y de influencia eficiente que es una de sus características más señaladas. La lástima es que en bastantes ocasiones degeneró esto en un cierto «elitismo» y «exclusivismo», que no han beneficiado a la imagen popular de la Compañía de Jesús.

Todos estos elementos constituyen las principales características que han forjado la evidente eficacia que, a través de los siglos, ha tenido esta orden religiosa, que ha preferido llamarse *Compañía* recordando así la fuerte organización, junto con la flexibilidad táctica, que han estado complementariamente unidas en esa Institución. Todo ello ha producido no sólo beneficios, sino también resultados negativos que han sido la caricatura de la quintuple clave de su eficacia. Eso es lo que se ha llamado «jesuitismo», que fue «característico de un pasado aún muy cercano», como confiesa con nobleza el Padre Coy; pasado —y casi presente— está llamado a la extinción», según puede observar cualquier espectador imparcial. Y el mejor síntoma son las posturas de algunas figuras meritorias que lucharon contra la llaga del «secretismo» en la Compañía de Jesús, cuyo primer debelador fue el Padre Mariana en el siglo XVI y, en este siglo, desde el apasionado Padre Miguel Mir, hasta el sereno y equilibrado Padre Diez Alegría. ■